



Retrato hablado

6/9/2016

por Carlos León Editorial Quimantú - 1971

El poder existe en la literatura, aunque sea una virtud escasa y aparentemente anti-literaria. Algo de ellas se advierte en la antipoesía o la anti-novela, que trata de rescatar para la creación estética un mínimo de conciencia y de rigor. La esencia del poder literario se explica porque supone la presencia del recato, la acción del reconocimiento, el latido de la modestia, características todas en pugna con el estilo de la vida y de la literatura modernas.

Carlos León pertenece a esa clase de escritores poderosos, como, en otra medida, lo fue José Santos González Vera. Un fuerte sentido crítico, una delicada conciencia de que antes de la visita del lector hay que seducir la curiosidad a la que será introducida, la induce a pasar por una exigencia crítica que pretende decir y a confesar dentro de la forma necesaria para decirlo.

Desde luego, hay en él un éxtasis sentido de la brevedad, de la concisión. Nunca un escritor pídico podrá ser la brevedad, el calor del alfiler o de la canchaca. Difícilmente podrá también hallarse en él a un orador. Este se dirige intuitivamente a un gran público, de extensas dimensiones, el que por eso mismo será por fuerza indiferente y amorfo. De ahí, además, que la crónica, y no, especial la de masas, no resista la lectura. Un discurso aplaudido entusiastamente se desmorona por su vulgaridad al leerlo. La oratoria es un arte híbrido entre la calidez y el esmero, entre la libertad adonadora y el respetuoso formal.

"Retrato hablado" encierra ocho relatos, de los cuales uno llega a poco más de veinte páginas, otro se detiene en las columnas y los demás se sobrepasan las cinco o las diez. Es, en realidad, el "retrato" rasgo hablado que puede imaginarse, pues está más hecho de sugerencias, de impresiones e intuiciones que de locuacidad o de valiosa expresiva.

El tema de fondo de todos los relatos es el común denominador de la soledad. Cada hombre es una isla y el cosmos un océano en que ese trozo diminuto de tierra se halla inmerso. Esto da desde la partida el sentimiento de la limitación y traza la frontera de la modestia. Pero esta comprensión no es dramática. Nada más ajeno a Carlos León es el estropajo, el gesto trágico o el desmembramiento ensayístico. Sella, observa, refleja en su espejo cuanto a su alrededor ocurre. Como buen pintor que anhela una obra lograda, o sea, un retrato que lo interprete a él a propósito del personaje, traza la imagen asegurándose de que el pulso está firme y que las

líneas resultantes serán las trazadas por una mano segura de tumbos y de sus inevitables imprecisiones.

Al eliminar los entresueños internos y externos, los relatos prometen del gran color, de las violentas contrastes, de lo que podríamos llamar la grandiosa. Todo ocurre en un plano asordado, en que el narrador se aleja del hecho y crea voluntariamente una perspectiva basada en la renuncia al tono vigoroso o a la parcelada violencia.

El repenche que podría hacerse a los relatos de Carlos León es que en ellos se acontece nada, no hay conflicto ni tensión. La placidez del escritor, exteriorizada en la dulzura de los rasgos, en la levedad del tono y en el reconocimiento interno, insinúan inevitablemente el cuadro. Como en esos viejos retratos medievales, las figuras surgen a manera de un torso literario, como una estatua asordada, a la que es preciso asociarse para admirar el detalle de la única pléyade en todas existencias o los rasgos del rostro en que alguna función se contrae o se dilata.

Esta inmovilidad tiene sus ventajas y sus inconvenientes. Las ventajas están en su figura, en la riqueza de los detalles que guardan y que es difícil en ellos percibir. Los inconvenientes, en que los personajes están de una cierta ausencia, de un ligero velo en que no es extraño percibir que apenas viven o que sólo lo hacen de nostalgia, de recuerdos y de ciertas melancólicas frustraciones.

Acaso se pecaría de injusticia al hablar tan rotundamente de frustraciones. Porque en la relatividad de los puntos de vista vitales aparece que los frustrados pueden ser los logrados y los logrados los frustrados. Lo esencial es lo que cada uno le pide a la vida. El que reclama la quietud, el silencio, la seriedad para contentarse con un paisaje, una mirada al mar, una meditación o un diálogo con un alma afín, hallará en esto precisamente la justificación de la existencia. El que busca el tumulto, la agitación, la interrupción trepidante y espectacular en el escenario, atropella a los demás para llegar al primer plano. Y esto tiene que hacerlo vociferando, imponiendo su presencia en la medida en que con su yo embriagante ocupa el lugar y latido de los que lo escuchan, quieren o se hacen.

Lo malo que la frustración sólo mide la distancia entre lo que alguien se propone y lo que consigue, entre la perspectiva en que proyecta su existir y lo

que, finalmente, logra obtener. No se frustra, en consecuencia, el que se propone justamente aquello que consigue.

"Esperando a Tolo" es la historia del fortuito encuentro entre dos personas que buscan objetivos extraños: ella, el amor, o lo que hiciera sus veces, de Tolo; él, un pobre fracasado, el amparo de Tolo para emanciparse de la mediocridad de la pobreza y de la diaria miseria cotidiana. "Soledades" es el recuerdo de los desencuentros entre viejos y jóvenes (hijos de una última hora e hijos de la hora primera, que mezclan una salida para su soledad y no logran dar con la puerta emancipadora.

"Wastan", poco original, tiene más anécdotas, pero carece del vigor interrumpido, de la vida subjetiva que se percibe en las demás. "El hombre del traje blanco" ("Carta"), "Consulta pagada", "Costancia", "El Sur", se apoyan en el diminuto detalle en el trazo de una atmósfera casi insuperable, en que habla más el silencio que las palabras, dicen más las actitudes que las confidencias. Todo transcurre en un plano recóndito, en una perspectiva casi invisible, donde tiene lugar el acontecimiento efectivo, el acto a los actos que imprimen sentido a todo lo demás.

De esta seriedad ante lo anónimo, que es casi como la divinización de lo cotidiano, surgen observaciones de indudable categoría literaria. Temas, tramas, motivos, van anudados rasgos, recogidos muchos, que si no dan una imagen heroica ni grandiosa del ser humano, revelan sus tesoros de altura, sus reservas de generosidad y, sobre todo, la terrible condición de los débiles ante los fuertes.

Ya lo dice Carlos León por boca de uno de sus personajes: "Escaba pensando, agurta, es un hombre vigoroso, ni siquiera malo, pero terriblemente fuerte y agudo. Después su pensamiento tomó un curso diferente". "¿Por qué se le agurta?" "¿Por qué mientras surgen las más absurdas sociedades algunas se discurre la manera de organizar a los seres débiles para protegerlos de los más poderosos?"

La debilidad sería, en último término, la generosidad, la disposición abierta hacia el mundo y los demás seres. La indefensión consistiría en no repulsar innecesariamente ni el contacto ni las manos, sino en extenderlas para dar y para recibir. Porque sólo se recibe en la medida en que se da y sólo se desprecia la confianza en la propensión en que se la entrega.

Esa actitud leal hacia cosas y personas hace posible que los retratos hablen, que el universo

nos haga su confidencia. Nadie escoge el Niagara para un diálogo íntimo. Nunca, en cambio, la apacibilidad del paisaje, el eco musical de una naturaleza apacitada y serena, sobre cuyo fondo es posible que surja el pensamiento y la voz se haga audible.

Entre algunos que "Retrato hablado" es honesto, demasiado sereno, excesivamente atido. Pero el hombre es siempre actual y es un buen acuerdo penetrar en su interior, hacerlo transparente y perceptible. Por eso sólo se le entiende cuando quien a él se acerca lo hace con paciencia y con ese traslado de ternura e ironía, sin el cual no surge la comprensión.

En la tersura del estilo de Carlos León hay una claridad poética. Una escucha del puerto le sugiere una evocación: "Las envollos de solista el ambiente del lugar, cierto olor inconformable, fresco, salobre, ligero, un silencio espesa, torcedo vagamente por sonidos marinos, el mar obscure sembrado de haca amarillas que parecen danzar en un solo pie; los contornos apenas visibles de los barcos nocturnos; y una semivista de copias brillantes que cercaban por ambos lados como un anfiteatro natural la bahía de Valparaíso." Oloro, solo, vista nocturna, aportan cada cual su experiencia. El mar se mueve, se ve, se salta.

Otras veces asoma el apuro caricaturesco, que describe al personaje en un doble plano externo e interno. Habla alguien que no puede hilar las ideas: "Su rostro reflejaba una concentración casi dráptica, pero en el discurso estaba entendiendo dos etapas la transformación de sus sentimientos en ideas y la de estas en palabras. Lo que por una parte no estaba, un apuro a su conciencia de seridos y el ser". Un personaje juega a, ora, al que considera significativo: "Parro un aborrido. Nunca hace nada bueno ni malo, pero posee cierta ineptitud filológica para ser entendido que se traduce en una modestia numantina".

Carlos León ha escrito una obra silenciosa, pulcra y poética. Le falta estremecimiento, hace donar un impulso más arrebatador. Pero tiene lo esencial: ternura, solidaridad, amor hacia los seres humanos. Mientras ellos callan, un retrato que sólo puede pintar ciertas manos y percibir ciertas pupas, recoge ese fondo de nostalgia y melancolía en que asoma un arbo de verdad y de soño. En medio del estrévido mundanal, que los arroja un río, alguien eleva su voz por cada uno y relata su simple angustia, su íntimo drama y, en todo caso, su dicha, su vida, su soledad.

Fernando Durán V

El Mensajero - Valparaíso

12. III. 1972

p. 2.

Retrato hablado [artículo] Fernando Durán V.

Libros y documentos

AUTORÍA

Durán V., Fernando, 1908-1982

FECHA DE PUBLICACIÓN

1972

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Retrato hablado [artículo] Fernando Durán V.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile